

Davos y Porto Alegre: debate sobre la “mundialización”

1. Desde el contexto nacional

En el contexto nacional de reconstrucción del terremoto y de construcción de la nación queda un espacio para asistir al análisis y al debate sostenido en distintas y distanciadas localidades sobre el proceso de la globalización. El tradicional Foro Económico Mundial de Davos 2001 (Suiza) y el primer Foro Social Mundial de Porto Alegre (Brasil) nos presentan dos visiones del mundo. Estos debates no nos van a ayudar, directamente, a la reconstrucción de nuestra infraestructura física habitacional, que dependerá de una equitativa concertación y descentralización administrativa de la ayuda internacional y de la eficiente gestión del presupuesto nacional. Pero, este debate internacional, Davos y Porto Alegre, sí nos puede y debe inspirar en la tarea de construcción o fundación de la nación.

Los títulos de ambos foros, Foro Social *versus* Foro Económico, subrayan el doble problema: no hay vasos comunicantes abiertos entre el crecimiento económico y el desarrollo social. En segundo lugar, la historia vuelve a demostrar que el crecimiento económico está sometido a ciclos de auge y recesión, de euforia y preocupación, al mismo tiempo que crecen las desigualdades sociales. Esta realidad ha quedado reflejada en la 31ª edición de Davos 2001: “impulsar el crecimiento y reducir las desigualdades”. Lo que ahora se cuestiona es si las políticas que impulsaron el crecimiento redujeron o incrementaron las desigualdades nacionales y mundiales. Lo que se cuestiona

es el modelo económico, el “Fin del pensamiento único” (*El País*, 27 de enero de 2001), “Porto Alegre; otro mundo es posible” (*El País*, 28 de enero de 2001), “Davos y Porto Alegre: dos visiones del mundo” (*Le Monde*, 25 de enero de 2001). Lo que se cuestiona son las promesas y los logros de la mundialización, tanto en Davos como en Porto Alegre, aunque ambos parten de análisis y enfoques diferentes. Debate transcendental cuando la economía de libre mercado (1989-2001) nos ha embarrancado, de acuerdo a las palabras presidenciales, en “un entrampamiento que ha generado un negativismo muy nocivo para el desarrollo del país” (*La Prensa Gráfica*, 22 de noviembre de 2000). La tragedia del terremoto, con sus consecuencias humanas y sociales, ya ha generado el debate de construir la nación sobre nuevas bases modélicas.

Una novedad que nos presenta la primera convocatoria del Foro Social Mundial de Porto Alegre es que se pretende estructurar y consolidar la acción de los manifestantes y de sus manifestaciones. En 1999-2000 decíamos que se había iniciado “la era de los manifestantes”, haciendo referencia a Seattle, Bangkok, Washington, Praga y Nueva York, cuyos reclamos crearon conciencia mundial de los logros y, sobre todo, de los desastrosos de la globalización. Pero estas manifestaciones se hacían “puertas afuera” de las cumbres de Davos, del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial, del Grupo de los siete, de la Organización Mundial del Comercio, de la UNCTAD, acosados por la policía y tachados de simples anarquistas perturbadores. Sólo en la cumbre de Praga

se había logrado un cierto acercamiento y diálogo entre los presidentes del Fondo Monetario Internacional, Horst Köhler, y del Banco Mundial, J. Wolfensohn, con organizaciones no gubernamentales como Oxfam International, Greenpeace, Jubileo-2000 (ECA, 2000, p. 1026).

Desde mediados del año 2000 se había programado este Foro Social Mundial, en las mismas fechas en que tendría lugar la 31 edición de la reunión del Foro Económico Mundial, Davos 2001. "En el 2001, Davos tendrá un competidor representativo de todo el planeta: el Foro Social Mundial (FSM) que se reunirá en las mismas fechas (25-30 enero) en el hemisferio sur, Porto Alegre (Brasil). Se espera un público bastante diferente: dirigentes sindicales, representantes de asociaciones, fundaciones y organismos no gubernamentales, de movimientos civiles, culturales, ecologistas, feministas, de derechos humanos, etc., de todos los continentes. En resumen, no sólo los que acudieron a Seattle o pudieran haber concurrido, sino otros muchos: representantes de pequeñas y medianas empresas del sur, castigados por la globalización, iglesias nacionales o locales... El Foro Social Mundial será un lugar de diálogo y debates sobre las grandes alternativas económicas, sociales, culturales, científicas, tecnológicas y políticas a que se enfrenta la humanidad; pero a diferencia de Davos, los problemas serán abordados desde una perspectiva cívica, es decir, como ciudadanos y no desde el enfoque de los financieros. Los intelectuales y expertos invitados no serán un simple número (invitados de piedra), sino participantes de pleno derecho. Los elegidos podrán ver de cerca qué es lo que se 'agita' en esta emergente oposición planetaria. Las autoridades y gobernantes afiliados a Davos tendrán la ocasión, si así lo desean, de constatar que existen otros actores de la vida pública internacional". Para este primer encuentro se escogió la capital de Porto Alegre, cuyo gobierno ha puesto en práctica formas de democracia participativa. "Estas iniciativas muestran, modestamente, que es realmente posible otro mundo" (I. Ramonet, "¿Davos? Non. Porto Alegre", *Le Monde Diplomatique*, aout, 2000).

Como repetiremos más adelante, se esperaban unos 2 500 participantes; pero se hicieron presentes unos 20 000: 900 organizaciones no gubernamentales, más de un centenar de sociedades civiles y fuertes contingentes de los "sin tierra"... Intercalo unos detalles muy ilustrativos para nuestra

situación de postsismo. Porto Alegre se ha convertido en una ciudad emblemática, "gobernada de una manera original, desde hace doce años, por una coalición de izquierda dirigida por el Partido de los Trabajadores, con un desarrollo espectacular en los sectores del hábitat, transporte común, servicios locales, recolección de la basura, dispensarios, hospitales, desagües, medio ambiente, alfabetización, escuelas, cultura, seguridad... ¿El secreto de estos logros? El presupuesto participativo (*orsamento participativo*), es decir, la posibilidad que tienen los habitantes de los diferentes barrios de definir concreta y democráticamente el destino de los fondos municipales. Decidir qué clase de infraestructuras desean crear o mejorar, y la posibilidad de seguir al detalle la evolución de los trabajos y la marcha de los compromisos financieros. Así no es posible ninguna distracción de los fondos o ningún abuso, y las inversiones corresponden exactamente a las propuestas mayoritarias de los habitantes de los barrios. Esta experiencia política se lleva a cabo, conviene repetirlo, en una atmósfera de completa libertad democrática, en confrontación con una vigorosa oposición política de las derechas. El Partido de los Trabajadores no controla ni los grandes diarios locales, ni la radio y menos aún la televisión, propiedad de los grupos mediáticos hostiles a dicho partido. Además, de acuerdo a la Constitución Federal brasileña, el Partido de los Trabajadores tiene unos restringidos márgenes de autonomía política, sobre todo en materia fiscal, y no puede legislar a su gusto. La satisfacción de los ciudadanos, sin embargo, ha sido tal que el candidato del Partido de los Trabajadores ha sido reelegido en octubre 2000 para dirigir la alcaldía con más del 63 por ciento de los votos... Es aquí donde tendrá lugar el Foro Social, porque aquí se ha desarrollado una democracia distinta de otras democracias: el capital y el mercado repiten, desde hace diez años, que, contrariamente a lo que afirman las utopías socialistas, ellos son, y no la gente, quienes hacen la historia y el bienestar de los hombres" (*ibidem*).

Como indica Joaquín Estefanía, autor del libro *Contra el pensamiento único* (Madrid, 2000), la reunión de Davos viene acompañada de gran publicidad, en contraste con el silencio o sonido tenue que ha recibido la cumbre de Porto Alegre. "La historia es la siguiente: hartos de la crítica de que su única acción es la protesta, los críticos a una forma de entender la globalización y el liberalismo decidieron llevar a afecto, a partir de este

año, debatir y proponer alternativas al pensamiento único dominante. Y entendieron que debían hacerlo al mismo tiempo que sus antagonistas ideológicos para que los contrastes fueran explícitos, netos y tener la oportunidad de compararse". Los participantes son sindicalistas, ecologistas, intelectuales, partidarios de la tasa Tobin, movimientos sociales, etc. Entre las paradojas más curiosas está la del gobierno francés, que ha dividido sus delegaciones: Fabius y Moscovici, ministros de Economía y Asuntos Europeos, a Davos; y Huwart y Guy Hascoët, ministros de Comercio Exterior y de Economía Solidaria, a Porto Alegre. Kofi Annan, Secretario General de Naciones Unidas, asistirá a Davos, no sin antes haber enviado un mensaje de adhesión al Foro Social.

Estefanía advierte que no todos los asistentes a Davos son neoliberales irredentos y los de Porto Alegre nostálgicos antisistema. Sin ambos lugares hay posturas intermedias, pero se puede decir que "a Suiza van los satisfechos y a Brasil los que no lo están. En el Foro Económico Mundial se discute este año cómo sostener el crecimiento y disminuir las desigualdades, mientras que en Porto Alegre, las ponencias tratan de construir un sistema de producción de bienes y servicios para todos, traducir el desarrollo científico en desarrollo humano, los fundamentos de la democracia humana y de un nuevo poder, o cómo asegurar el derecho a la información y la democratización de los medios de comunicación". En un lugar se hablará de la "nueva economía", ahora emproblemada, y en el otro extremo pesarán más las desigualdades de la mitad de la población mundial con menos de dos dólares por día. "¿Por qué hablar de Davos y no de Porto Alegre?". ("Porto Alegre: otro mundo es posible", *El País*, 28 de enero de 2001). A su vez, si en Porto Alegre se habla de las desigualdades, en Davos surge la preocupación por la ralentización de la "nueva economía" y el crecimiento de las desigualdades. Surge así una doble interrogante: la nueva economía no se autorregula, ni tampoco corrige las desigualdades. Por esta razón, para entender el binomio Davos 2001-Porto Alegre hay que tomar el agua desde más arriba.

2. Tres escenarios mundiales: Davos 1999, 2000 y 2001

A modo de hilo conductor podemos relacionar estos tres últimos años, puente entre dos siglos, con las crisis y euforias de las bolsas de valores,

es decir, con el motivo especulación, que es el arte de vivir del trabajo ajeno. En diciembre de 1997, George Soros, que lleva 40 años navegando en las entrañas de las bolsas de valores, afirma que "los mercados financieros son inestables por naturaleza y más todavía los mercados financieros internacionales... Los participantes en el mercado, si son racionales, reconocerán que más que descontando un futuro equilibrio están disparando contra un blanco en movimiento... La inestabilidad de los mercados financieros pueden originar serias dislocaciones económicas y sociales" (*ECA*, 1998, p. 899).

La crisis financiera de julio 1997, que nace en el bloque sudasiático y golpea frontalmente a economías tan distintas y distanciadas como Rusia y Brasil, zarandeando a todas las bolsas de valores, una tras otra, y dislocando tantas economías nacionales, lleva a un interrogante: ¿quién está a cargo de la economía global? Podemos responder: nadie. Un mundo sin controles, sin reglas, es un mundo sin seguridad. Connotados economistas, Samuelson, Krugman, Stiglitz... demandaban controlar y regular los capitales financieros especulativos, incluyendo impuestos diseñados para desincentivar su circulación. En la reunión del Grupo de los siete, del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, tenida en Washington, en octubre de 1998, los ministros de hacienda muestran su ambivalencia e incapacidad para controlar la desbordante marea financiera: "no podemos sacar un conejo del sombrero que nos dé la solución". (*ibidem*, pp. 904-905). En esta reunión de Washington, James Wolfensohn, presidente del Banco Mundial, sorprendió a los gobernadores de la institución con su discurso "La otra crisis", crisis más profunda y social que los vaivenes financieros. Es una crisis de desilusión, de pérdida de esperanza, de creciente pobreza y exclusión y, también, de las políticas tradicionales impuestas a los países emergentes y en desarrollo. Es un lenguaje atípico e inusual en estas cumbres. Puede decirse que se inicia un giro copernicano y un proceso de autocrítica:

Hoy, mis recuerdos son muy distintos. Imágenes sombrías, sobrecogedoras de desesperación, impotencia y miseria. De personas que tuvieron esperanzas, pero las han perdido... Hoy, mientras hablamos de crisis financiera, en todo el mundo 1 300 millones de personas subsisten con menos de un dólar al día; 3 000 millones viven con menos de dos dólares al día; 1 300 millones no tienen agua potable; 3 000

millones carecen de servicios de saneamiento, y 2 000 millones no tienen electricidad... Debemos ocuparnos de los problemas sociales... Hemos comprobado que cuando pedimos a los gobiernos que adopten medidas rigurosas para organizar sus economías, podemos generar enormes tensiones. Quien sufre es la gente, no los gobiernos... Debemos aprender a entablar un debate en que las matemáticas no valgan más que las razones humanitarias, en que la necesidad de cambios, con frecuencia drásticos, sea compatible con la protección de los intereses de los pobres. Sólo entonces llegaremos a soluciones sostenibles... No podemos desconocer que la crisis ha revelado deficiencias y puntos vulnerables que tenemos que resolver... Los problemas son demasiado graves y sus consecuencias demasiado importantes, para conformarnos con las respuestas del pasado o las ideologías del momento... Mientras los mercados se desploman y las cifras de pobreza se disparan, todos los aquí reunidos tenemos la responsabilidad común de adoptar políticas que ayuden a esos países a salir de la crisis (ECA, 1998, pp. 1003-1009).

Merecía la pena trasladar unos cortos párrafos de este discurso de J. Wolfensohn, porque recogen una tradición que venía desde la cumbre mundial sobre el desarrollo social de Copenhague 1995 y va a tener su eco en los documentos anteriores al foro económico de Davos 1999.

2.1. Davos 1999: la globalización irresponsable

Los organizadores de esta cumbre, que congrega la elite del capitalismo, plantean en forma crítica la agenda a debatir: "la globalidad responsable: la gestión del impacto de la globalización". Los primeros comentarios ya presagiaban un tenso debate. "La globalización debe adquirir un compromiso social, que no tenga como contrapartida la miseria y la exclusión de millones de seres humanos en el planeta... Esta crisis es el resultado de una globalización que ha sido conducida de manera irresponsable. Los problemas creados por la mundialización han desembocado en una crisis sistémica. O se diseñan nuevas medidas para hacer frente a la crisis o estamos condenados a entrar en un período de caos endémico y sistemático" (C. Swadja). El principal animador de esta reunión, Klaus Achwad, "sostiene la necesidad de crear mecanismos globales e institucionales para lograr

que la globalización se traduzca en fuente de bienestar para millones de personas que han sido condenadas a la miseria y al desempleo". Se agregan otros comentarios críticos: "miseria y desempleo, destrucción masiva de la riqueza financiera y material. Estados sometidos a la especulación, un capitalismo salvaje que erosiona las normas más elementales de la convivencia, son algunos de los rasgos que advertirían una globalización irresponsable". "La gestión de los desafíos económicos internacionales no puede seguir siendo monopolio exclusivo de las grandes potencias, a cuyas reuniones asisten los representantes y líderes políticos de las naciones emergentes como 'invitados de piedra'. De ahí la necesidad de que el fenómeno recupere su rostro humano frente a la 'economía de casino', que carcome los cimientos del sistema, atempera las desigualdades que produce entre economías desarrolladas y los mercados emergentes".

Al iniciarse Davos 1999 hay consenso en que "el proceso de globalización se está desarrollando de forma irresponsable, en el sentido literal de la palabra. O sea, sin que nadie tenga control o responsabilidad sobre el mismo". Admitida la premisa, no hay acuerdo alguno sobre la forma de regular una globalización que se dice imparable. Se admite que el lado oscuro de la globalización es el drama humano, pero "esa responsabilidad se transfiere a las instituciones internacionales humanitarias, a las religiones y a la filantropía". Por otro lado, se espera que la promesa tecnológica, con tecnologías cada vez más potentes y más baratas, que se difundirán entre toda la población, contribuya decisivamente a resolver los problemas. "Así, en último término, parece que hay que instalarse en la volatilidad financiera y en la inestabilidad económica, y aprender a vivir en un mundo incierto, pero creativo y con potencial de ganancia". Es decir, que el potencial de ganancia justifica el resto de extorsiones mundiales. El capitalismo se autodefine en Davos, pero no se corrige. "Al terminar Davos 1999, la sorpresa estribó justamente en la desaparición del optimismo beato, de la ciega exaltación del modelo, de la pureza impoluta del mercado. Al contrario, comprobamos algo ya presentido por muchos: nos hallamos de nuevo en el pos-neoliberalismo" (ECA, 1999, pp. 464-470).

Este análisis teórico, asentado en dramáticas estadísticas, se venía realizando desde la cumbre mundial sobre el desarrollo social ("Cumbre mundial sobre el desarrollo social, 1995: se desarrolla

la pobreza, el crecimiento con desempleo y la insolidaridad social". *Realidad* 42, 1994, pp. 841-870). La crisis financiera de 1997 patentiza aún más el carácter irresponsable de la globalización, el cual queda reflejado en el artículo: "Neoliberalismo y globalización" (*ECA*, 1998, pp. 893-908). El discurso de J. Wolfensohn y los documentos anteriores a Davos 1999 dan mayor credibilidad a la tesis de la globalidad irresponsable. Junto con la serie de foros y seminarios sobre el neoliberalismo, los años 1999 y 2000 dan curso a la secuencia de manifestaciones que se hacen presentes en todas las reuniones del Grupo de los siete, del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial, de la Organización Mundial del Comercio y Naciones Unidas, en las cuales se afirma que "otro mundo es posible". La globalización, y no los manifestantes, es la que desestabiliza la convivencia internacional. Dos cumbres mundiales avalan esta tesis.

En noviembre de 1999, el XXI Congreso de la Internacional Socialista firmó la Declaración de París. Ahí se reunieron primeros ministros de Europa occidental y nuevos partidos de otros continentes. Desde mediados de 1999 circula y se discute la obra de A. Giddens, *La tercera vía: la renovación de la socialdemocracia*. No todos la entienden, ni la traducen de la misma manera, por lo cual se generan algunas tensiones entre los primeros ministros de Inglaterra, Alemania, Francia y otros países. Admitidas las discrepancias, la Declaración de París ratifica el compromiso de sus miembros por los siguientes objetivos: luchar contra la pobreza y el hambre, contra la explotación y la desigualdad de acceso a los recursos económicos y tecnológicos mundiales, anulación de la deuda de los países más pobres; luchar por los derechos humanos, avanzar en el "derecho de injerencia por razones humanitarias", no amparar la impunidad de los dictadores; construir la paz y la seguridad, a través de un nuevo orden internacional; reformar Naciones Unidas y ampliar el número de miembros del Consejo de Seguridad; reformar el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio para adaptarlas a las nuevas realidades; asegurar una mayor transparencia del sistema financiero internacional, a través de reglas; luchar contra el crimen organizado, el tráfico internacional de drogas y el blanqueo de dinero; crear un Consejo de Seguridad Económico en Naciones Unidas; dar respuestas rápidas y sostenidas al problema de la pro-

tección del ecosistema; Europa anticipa un modelo de regionalismo abierto y adecuado para hacer frente a los desafíos a los que no pueden responder eficazmente los estados y las naciones; fomentar este modelo en Asia, África y América Latina (*ECA*, 2000, pp. 60, 64 y 74-75).

Esta agenda marca una agenda concreta de reestructuración del orden mundial. Un año más tarde, desde Seattle, diciembre de 1999, hasta la cumbre del milenio, Naciones Unidas, septiembre de 2000, todos y cada uno de estos temas han sido objeto de debate; aunque, por supuesto, no todos los objetivos lograron mayor éxito, especialmente los más reclamados por los países pobres. Lo importante es que esta Declaración de París nace desde el interior de Europa y es ratificada por 170 partidos miembros de todos los continentes. El Foro Social de Porto Alegre recupera y actualiza bastantes de estos objetivos.

Sin extendernos en muchos detalles, la conferencia de la Organización Mundial del Comercio, convocada por B. Clinton, en Seattle, en diciembre de 1999, marca un quiebre en las relaciones de sumisión y dependencia, vigentes en los acuerdos comerciales. En Seattle se inicia, en forma clamorosa, la era de los manifestantes, quienes retrasaron cinco horas el inicio de la cumbre: abajo Babilonia. La Organización Mundial del Comercio es la Babilonia del segundo milenio, una especie de siniestra organización de rostro anónimo, convertida en el motor de una globalización que sólo favorece a las grandes empresas multinacionales. La ley de las multinacionales no es la democracia. Los manifestantes dicen estar en la calle "para dar la palabra a aquellos que jamás la han tenido y para que la Organización Mundial del Comercio escuche la voz de los ciudadanos. Gracias a la Organización Mundial del Comercio por habernos puesto en movimiento". El fantasma de Seattle ha estado presente en todas las cumbres mundiales del año 2000 y los ataques a dicha Organización prosiguen su curso en Porto Alegre. A partir de Seattle se estructura la secuencia de manifestaciones que integran a sindicalistas, obreros, universitarios, ecologistas, organizaciones no gubernamentales y representantes de iglesias. El hecho de que algunos manifestantes "asilvestrados" se hayan desmedido en sus enfrentamientos con la policía o hayan roto algunas vitrinas, no es razón para silenciar las demandas racionales y razonadas de la gran mayoría de manifestantes en todas las cumbres mundiales.

En Seattle, quienes marcan el quiebre frente a una globalización “imparable” son los representantes de los países pobres y emergentes. Estos delegados no habían sido consultados, ni informados sobre los borradores de la agenda a tratar en esta cumbre. Los países africanos denunciaron acremente su marginación en todo el proceso de negociación. “No hay transparencia alguna en todo este proceso, y americanos y europeos juegan con nosotros con la política del palo y la zanahoria”. Cuando las discusiones, a puerta cerrada, se eternizaban sin que se filtrase la menor información, los delegados de los países pobres, sin ánimo e ilusión, aguardaban pacientemente en los pasillos: “No sabemos qué decisiones se van a tomar y una vez más se nos pedirá suscribir un texto que ni tendremos tiempo de leer”. Como el acuerdo final requiere el voto unánime de los 135 representantes de los países miembros, triunfó el desacuerdo de los países pobres y emergentes. La voz de los sin voz fue su desacuerdo, que ha sido interpretado como una gran victoria. “La Organización Mundial del Comercio ha sido por fin obligada a entrar en razón. No se puede proseguir la liberalización sin tomar en cuenta las preocupaciones de los ciudadanos” (ECA, 2000, pp. 60 y 64-69). Pese a las promesas del Clinton y Blair, la Organización Mundial del Comercio no se volvió a reunir en el año 2000 y las relaciones comerciales mantienen su estructura asimétrica y discriminante, donde reina la doble moral: los gobiernos que prometen reducir la deuda externa de los países pobres son los que cierran sus fronteras a las exportaciones del tercer mundo y subvencionan sus exportaciones hacia aquellos mismos países. Esta discriminación vuelve a aparecer en Porto Alegre, con una referencia concreta a los productos genéticamente modificados, que Estados Unidos lucha por introducir.

2.2. Davos 2000: “la nueva economía”

En esta cumbre se va a acuñar el concepto de “el hombre de Davos” y “el hombre de Seattle”, como dos visiones antagónicas de la misma realidad mundial. El organizador del evento, Klaus Schwab, habla de “un nuevo comienzo”: vender el éxito de la “nueva economía”. En Davos 2000 soplan nuevos aires de euforia: la economía mundial crecerá un 4 por ciento, la crisis financiera sudafricana quedó atrás y la crisis económica rusa quedó limitada a la federación. Sobre todo, la nueva economía estadounidense estaba cumpliendo 107

meses del crecimiento sostenido más largo de su historia. Alan Greenspan había conducido certeramente la política monetaria.

Los titulares de los diarios resumen el ambiente de la cumbre: “Dirigentes de Estados Unidos exhiben en Davos el éxito de su economía ante los europeos”, “Los expertos presentes en la localidad suiza descartan que exista una burbuja financiera”, “La elite empresarial, política y tecnológica de Estados Unidos ha convertido el foro mundial de Davos en una escuela de negocios en la nieve para sus colegas europeos”. Una ejecutiva de Goldman y Sachs afirmó que la nueva economía —nacida del crecimiento de la productividad, por la aplicación generalizada de la nueva tecnología de la información a la actividad económica y financiera— tenía como consecuencia el período de crecimiento más largo de Estados Unidos, asegurando que las futuras recesiones tendrían un efecto mucho menor y menos grave sobre la actividad económica, los beneficios empresariales y la cotización de las acciones. La nueva economía habría creado 16 millones de empleos en los últimos cinco años, mientras que Europa habría perdido un millón. Los ponentes norteamericanos vienen a Davos con los aires triunfales de César: “llegar, ver y vencer”, mientras que los delegados europeos escuchan como niños de escuela. Este dato es importante para entender la réplica de Davos 2001.

Ante esta prepotencia norteamericana, algo tenían que decir los europeos. Tony Blair ensalzó con entusiasmo las virtudes de la nueva economía, indicando que su programa se centraba en el rigor monetario, cambio acelerado de la estructura industrial, apoyo a los proyectos de nuevas tecnologías de las pequeñas empresas, y reforma de los sistemas de bienestar y de los mercados laborales. Blair recibió los mayores aplausos al prometer montarse en el tobogán del Internet. Como anécdota, el empresario Michel Dell aprovechó la oportunidad para dar algunos consejos en público al *premier* británico sobre la aplicación de los programas informáticos. Este despiste fue interpretado como una falta del protocolo diplomático, aunque posteriormente M. Dell ganó las licitaciones para vender su equipo informático al Reino Unido.

El foro de Davos 2000 se centró en la apología del “totem” de Internet y, aunque todos los ponentes —excepto Clinton— quisieron silenciar Seattle, lo cierto es que su fantasma divagó por todos

los salones, o como dijo I. Ramonet: la *vedette* de Davos fue, indiscutiblemente, Seattle. En Davos 2000 se habló de la nueva economía, pero no se habló de la economía real mundial, excepción hecha de algunas encuestas pasadas por corresponsales extranjeros. Los manifestantes fueron menos que en Seattle, pero las consignas no eran menos agresivas: “No al *politburó* de la Internacional Capitalista”, “No permitiremos que los inversionistas despojen al pueblo”. Algunos calificaron al foro como “reunión de asesinos”, pidiendo que ésta fuera su última reunión (ECA, 2000, pp. 121-127).

En Davos 2000 se quiso echar un tupido telón, con nuevas bambalinas, sobre el recién pasado: nuevo siglo, nuevo comienzo, nueva economía. También los europeos, impresionados por esta nueva edición del “desafío americano” (Servan Schriber), convocaron la reunión de Lisboa, marzo de 2000, para suscribirse a la nueva economía de Estados Unidos: “La Unión Europea debate en Lisboa su reforma económica para competir con Estados Unidos”, “La cumbre europea de Lisboa ratifica una visión liberal del futuro de Europa”, “Los quince liberalizan las telecomunicaciones para responder al reto de una nueva economía”, “La nueva economía y sus metáforas”... No todos los gobiernos coinciden en la forma de impulsar la nueva economía y consolidar el modelo social de mercado. Algunos hablan de “socialismo libertario” (El País, 22 de octubre de 2000). Unos 60 000 trabajadores de varios países se congregaron en Lisboa, solicitando no poner en juego el pleno empleo y los convenios laborales firmados. Tony Blair y J. M. Aznar ensalzaron el “círculo virtuoso” de la nueva economía, mientras que otros economistas y jefes de gobierno, citando al propio Alan Greenspan, temen “la exuberancia irracional de los mercados”. Se resiente una bifurcación en la tercera vía europea. Por lo que hace al resto del mundo, a lo largo del 2000, cohabitan el hombre de Davos y el hombre de Seattle, porque en todas las cumbres internacionales, convocadas en el hemisferio norte, se harán presentes los manifestantes de turno (ECA, 2000, p. 1022).

Haciendo ahora un puente entre Davos 2000 y Davos 2001, está la así llamada “reunión de primavera” del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, en Washington. Los informes de ambas instituciones pronosticaban sólidos crecimientos de la economía mundial, superiores al 4 por ciento en el 2000 y del 3.9 por ciento en el



2001. La euforia tropieza con un contratiempo. En forma más bien anunciada que inesperada, la reunión de Washington se lleva a cabo cuando estalla el “viernes negro”, el 14 de abril, con brusca caída de las cotizaciones del *Nasdaq*, que contagia al resto de los valores de *Wall Street*. El interrogante, ¿qué consecuencias tendría una ruptura de la “burbuja” en el anunciado crecimiento mundial? Este interrogante se repetirá en numerosos artículos. En la misma reunión de Davos 2000, el Secretario del Tesoro, Larry Summers, “mostró su preocupación por el bajo ahorro de los hogares norteamericanos, algo que los expertos aquí reunidos llaman elevado endeudamiento, y que en caso de ralentización económica colocaría en dificultades a muchas familias”. Por su parte, Stanley Fischer, del Fondo Monetario Internacional, “aseguró estar inquieto por la desbocada marcha de la economía norteamericana, que podría verse abocada a una caída drástica en el caso de que los actuales ritmos de crecimiento no puedan ser controlados”.

Le Monde Diplomatique publica en el mes de mayo de 2000 el artículo “Fortuna e infortunios de la nueva economía: detrás del yo-yo versátil de los valores.com”. En diciembre de 1996 se impone al gran público el concepto de “nueva economía”, que emerge de los mercados globales y de la revolución informática. “Gracias a la productividad sostenida se logra un potencial real de crecimiento, que combina una baja inflación y reducido desempleo, con tasas de inversión y expansión ele-

vadas, generando el 'círculo virtuoso' de un supercrecimiento sin precedentes en la historia", de acuerdo a sus progenitores. Se trata del advenimiento de un "capitalismo individualizado y descentralizado", que generó una gran euforia. Sin embargo, en mayo de 2000, una analista de *Goldman y Sachs* presenta los claroscuros del modelo: "Estas sociedades ofrecen a los inversores promesas de ganancias en los próximos años. Partimos del principio de que, entre ellas, está la Microsoft del mañana. Pero no podemos ocultar la realidad: decenas de empresas van a desaparecer y se esfumarán millones de dólares de ahorro... Es un hecho comprobado que la clase media americana no ahorra y consume de acuerdo a sus ganancias virtuales en bolsa de valores... Pero si la bolsa cae, como en el *mini-crack* de abril, se frenará la actual progresión del consumo americano. Confrontados con su endeudamiento, las familias pondrán fin a su bulimia consumista, castigando al mismo tiempo a las economías de todo el mundo industrializado" (M. Laime y A. B. Ellyas, "Fortune et infortunes de la nouvelle économie", *Le Monde Diplomatique*, mayo de 2000).

Este artículo nos da, en resumen, el origen de la especulación y de la ralentización de la economía de Estados Unidos, quedando ahora sí pendientes del interrogante: ¿aterrizaje suave, aterrizaje brusco y qué consecuencias para la economía mundial? ("La economía de Estados Unidos redujo al 1.4 por ciento su crecimiento en el último trimestre de 2000", *El País*, 1 de febrero de 2000). Así aterrizamos en el nuevo milenio.

2.3. Davos 2001: la incógnita: ¿recesión mundial?

En las mismas fechas, 25-30 de enero de 2001, se congregaron el Foro Económico Mundial de Davos y el Foro Social Mundial de Porto Alegre. Para no perder la secuencia, los analizamos, inicialmente, en forma separada. Como de costumbre, se tomaron las mayores precauciones policiales para que los manifestantes europeos no llegaran al balneario de invierno. Pero esta vez la gran amenaza venía de lejos: la posibilidad de que la recesión estadounidense, o al menos un brusco frenazo, acabase con la euforia mundial, tras una década de crecimiento prodigioso. El lema del presente foro era "Sostener el crecimiento y disminuir las desigualdades". En Davos preocupa más sostener el crecimiento y en Porto Alegre disminuir las desigualdades, gracias a otro modelo alternativo.

Para desilusión de congregados, ni el presidente G. Bush, ni los miembros de su equipo se hicieron presentes, lo que privó a los centenares de asistentes de la posibilidad de poder compartir las opiniones y propuestas políticas de los nuevos gobernantes. Los expertos presentes fueron desgranando sus percepciones. ¿Aterrizaje suave o brusco? Alan Blinder, de Princeton, opina: "creo que bastante accidentado, pero probablemente no acabará en recesión, aunque existe un 33 por ciento de probabilidad de que sí lo haga". Kennet Courtis, de *Goldman y Sachs*, asintió: "no esperamos una recesión mundial", pero al igual que otros economistas opinó que el ritmo de crecimiento de la economía estadounidense hasta hace unos pocos meses era poco saludable y difícil de sostener". J. Frenkel, de *Merill Lynch*, afirmó: "estos próximos seis meses serán críticos. Veo un crecimiento menor, pero crecimiento al fin y al cabo". Este es el tono de otras intervenciones, porque el aterrizaje cuenta con toda la pista del 2001.

Javier Moreno, corresponsal de *El País*, comenta que no era esto lo que se dijo el año pasado. "Entonces, el optimismo fue desbordante y generalizado, y los asistentes proclamaron sin mucho recato que Internet, la fuente del crecimiento económico de Estados Unidos y la exuberancia de las bolsas abrían una nueva era de prosperidad mundial. Pero en menos de un año, los mercados de valores han trotado alegremente cuesta abajo, especialmente los títulos asociados a la nueva economía; numerosas empresas de Internet han echado el cierre y Estados Unidos está viviendo un fuerte enfriamiento de su economía, que amenaza con arrastrar a la recesión al resto del mundo" ("El Foro de Davos descarta una recesión mundial por la desaceleración de los EEUU", *El País*, 26 de enero de 2001). Se puede hablar de "recesión" en la inversión de las empresas, la construcción y el gasto en bienes duraderos; parece que no tanto en los bienes que son el pan nuestro de cada día. Se puede hablar de brusco frenazo si tomamos en cuenta que el crecimiento global del año 2000 fue del 5 por ciento; pero el crecimiento se contrajo al 2.2 por ciento en el tercer trimestre y al 1.4 por ciento en el cuarto. Todos los comentaristas hacen referencia a la afirmación de Alan Greenspan: "la tasa de crecimiento es probablemente cercana a cero".

El futuro dependerá de la confianza de los consumidores, "cuya riqueza ha sufrido una sensible

pérdida por los desplomes bursátiles del año pasado y los no menos inquietantes despidos de trabajadores en un número cada vez mayor de empresas". En su artículo "De Bush a Bush", Joaquín Estefanía habla de "la oleada de masivas reestructuraciones de plantillas que se anuncian un día tras otro, desde antes de las pasadas navidades (*General Electric, General Motors, AOL Time Warner, Chrysler, Amazon, Motorola, Lucent, Worldcom, Xerox, Nortel*); las empresas anuncian pérdidas (*AOL, Time Warner, Amazon*) o unos beneficios muy por debajo de las expectativas. Y como consecuencia de todo ello, la confianza de los consumidores ha bajado estrepitosamente. El índice que mide esa confianza, correspondiente al pasado mes de enero, sufrió un descenso que no había sido tan pronunciado desde octubre 1990, es decir, desde la anterior recesión norteamericana. Este indicador es muy representativo, porque mide las dudas de los ciudadanos una vez que las bolsas de valores no producen el mismo "efecto riqueza" que en el pasado (con un reducido nivel de ahorro familiar, en tasas negativas) y que intuyen que, también como en los años ochenta, si se quedan en paro, no tendrán tantas facilidades como hasta ayer para reponerlo con otro puesto de trabajo similar" (*El País*, 4 de febrero de 2001).

La reducción de la tasa de interés interbancaria aliviará el elevado nivel de endeudamiento y las amenazas de solvencia de algunas entidades financieras. Paradoja de la pasada década es que mientras el gobierno ahorra, se triplicaba el déficit de las empresas y familias. La corresponsal de *Le Monde* en Nueva York matiza los claroscuros de esa economía. Aunque la tasa de crecimiento es próxima a cero, Alan Greenspan ha asegurado que "están bien controladas las presiones inflacionarias", y la reducción de la tasa de interés, aprobada por la *FED*, es como un balón de oxígeno en la fatigada economía. Por su parte, la Casa Blanca da por entendido que la *FED* apoya la propuesta de Bush de utilizar el excedente presupuestario para realizar una reducción de impuestos. De hecho, Alan Greenspan ha tenido mucho cuidado en pronunciarse sobre esta medida, y más bien ha externado sus dudas sobre la validez de las reducciones fiscales como medio para frenar la naciente recesión. Más bien hubiera preferido que el excedente presupuestario se dedicara a reembolsar la deuda. Después agregó que el excedente presupuestario es tan elevado que permite reembolsar la deuda y, a la vez, proyectar reducciones fiscales.

"Si el criterio es la estabilidad fiscal de largo plazo, dijo Greenspan, es mejor reducir el excedente por alivio fiscal que por aumento de los gastos públicos". Bush dio por aprobado su plan cuando Greenspan afirmó, con su típica prudencia: "Si la debilidad de la economía actual debía prolongarse más allá de lo que parece probable, una reducción de impuestos, ya en juego, podría resultar de utilidad nada despreciable". En todo caso, sería una experiencia similar a la que aplicaron conjuntamente Dick Cheney, Paul O'Neil y Alan Greenspan en 1975, luego de la llegada de G. Ford a la Casa Blanca" (S. Kaufmann, "Le taux de croissance est probablement très proche de zero", *Le Monde*, 26 de enero de 2001).

Como en Davos, la atención se centraba en el declive de la economía norteamericana. A las más de sesenta organizaciones no gubernamentales invitadas a participar les quedó poco espacio para denunciar el proteccionismo del norte y los efectos perversos de la mundialización, junto con otras "fracturas" sociales y religiosas. No era ése el temple de Davos, que prefería escuchar los augurios de los expertos. Stanley Ficher redujo al 3.5 por ciento el crecimiento del año en curso, en vez del 4.2 anunciado en septiembre, asegurando que las reducciones de la tasa de interés y los impuestos lograrían un aterrizaje más suave. M. Blinder, antiguo vicepresidente de la *FED*, repitió que la recesión sería sectorial y más sensible en el automóvil y otros sectores manufactureros. M. Feldstein, colaborador de Bush en el área fiscal, afirmó que la economía norteamericana cuenta con el respaldo de excedentes presupuestarios en los próximos años y que nadie va a cuestionar la reducción de los impuestos, porque se trata de un dinero que ya está gastado. Con ello, "la economía podrá crecer un poco más de 2 por ciento y un poco menos del 3". La desaceleración de Estados Unidos podrá afectar el crecimiento de Europa, que será superior al de aquel país. Sin embargo, Jürgen von Hagen, de la Universidad de Bonn, juzga que este crecimiento es insuficiente para considerar que el viejo continente sea el motor de la economía mundial. También fue objeto de preocupación la ralentización de la otra zona de la economía mundial, Japón. El primer ministro japonés, Yoshiro Mori, pidió a los congregados "abandonar sus aprioris sobre Japón, cuya recuperación es superior a la que piensan". También China camina bien. Bajo cualquier hipótesis, el peso y la preocupación bascula sobre la economía de Estados Unidos. Sobra decir

que para la mayoría de los congregados en Davos 2001, la economía es el hemisferio norte (E. Le Boucher y S. Marti, "Le ralentissement americain n'engendrera pas de récession mondiale", *Le Monde*, 29 de enero de 2001).

Pese al tono grisáceo de la cumbre, "banqueros y empresarios (incluyendo a Bill Gates) apostaron... en un intento claro de dar nuevos alientos, por una segunda oleada de entusiasmos por la red. Internet está empezando". Bill Gates afirmó: "hemos vivido una explosión en comunicación, en tiempo real, en Internet en el último año, lo que garantiza enormes ingresos a las compañías con suficiente imaginación para seducir a vastas audiencias con acceso a Internet, pese a los reveses sufridos en bolsa". En forma similar se expresaron los representantes de otras compañías productoras de *software*. Se dijo que un 75 por ciento de los clientes está dispuesto a pagar para seguir intercambiando música digital (J. Moreno, "El foro de Davos alienta otra ola de entusiasmo por Internet, pese a los desplomes de la bolsa", *El País*, 30 de enero de 2001). Sin embargo, el problema parece ser más profundo. El mismo día, el corresponsal de *El País* en Miami comenta: "12 800 despidos en la red de EEUU en lo que va del año".

Ahora son los europeos quienes se desquitan de la humillación de Davos 2000. "En franco retroceso, la cotización de Estados Unidos por la debilidad de su economía, ausentes en Davos los representantes de su Gobierno y vistos los continuos apagones de California, los europeos han recuperado en el Foro Económico Mundial la confianza en su modelo de crecimiento, perdida en la última década, en la que cientos de empresarios y políticos estadounidenses vinieron a explicar al viejo continente cómo salir adelante". Los corresponsales trasladan algunos diálogos cáusticos entre delegados europeos y cierto congresista estadounidense. El crecimiento europeo será superior al de Estados Unidos en el año 2001, al fortalecerse el proceso de integración económica y monetaria y la desregulación del sector de las telecomunicaciones. Una de las preguntas hechas en Davos, ¿debería Europa asumir el liderazgo?, tuvo como respuesta otra pregunta: ¿por qué no? Este año resulta más fácil hablar con los estadounidenses porque se nota menos arrogancia. El dinamismo europeo promete continuar en los próximos años con el empuje de la unión monetaria, que, según los expertos, "promete acentuar la batalla por la hege-

monía mundial con Estados Unidos". Adicionalmente, Europa continuará con el programa de fusión de grandes empresas, comprendido el sector bancario, consolidando sus economías. Volvemos al *head to head* de Lester Thurow.

Inesperadamente, en el seno de Davos surgió otra tensión entre Europa y Estados Unidos: México tiró la piedra. Con tres días de diferencia dos artículos —el primero desde Davos y el segundo desde Miami— presentan un debate, que en esos mismos días se vota en Porto Alegre. He aquí los dos titulares: "México desconfía del plan de Estados Unidos para acelerar el libre comercio en toda latinoamérica" (*El País*, 27 de enero de 2001) y "Hacia un acercamiento urgente de Las Américas. La Universidad de Miami elabora un informe que alerta sobre la necesidad de que Estados Unidos impulse su política estratégica en Latinoamérica" (*El País*, 30 de enero de 2001).

El nuevo presidente de México, Vicente Fox, mostró en Davos una clara reticencia ante el programa del Área de Libre Comercio de Las Américas (ALCA) y decidió no colaborar activamente: "Si Estados Unidos logra un consenso, nos sumaremos; pero no vamos a trabajar en ese sentido". De esta forma, México apoya a Brasil, molesta por lo que entiende como excesiva injerencia de Estados Unidos en América Latina. Con ello, Estados Unidos dejaría de contar con estos dos apoyos. La reunión de delegados mexicanos en Brasil debe tener lugar antes de la visita de Bush a Fox, en Guanajuato, el 16 de febrero, y antes del viaje de aquél a la reunión multilateral de Quebec, en abril, precisamente para impulsar el ALCA. Fox ha firmado en Bruselas un acuerdo de libre comercio con Europa, acuerdo ya antes iniciado por el presidente Zedillo. México busca diversificar sus exportaciones, que en un 70 por ciento se dirigen a Estados Unidos. De esta forma busca desligar su economía de los avatares de una recesión del vecino del norte. Vicente Fox dejó clara esta decisión, afirmando que respetaría todos los acuerdos ya firmados (tratado de libre comercio), asegurando al mismo tiempo que "defendería vigorosamente el reciente acuerdo con la Unión Europea". Se trata del acuerdo más ambicioso que ésta haya firmado con un tercer país.

Cuando llegue el mes de abril se agitarán los debates sobre ventajas y desventajas, primeras y segundas intenciones de este tratado. La corresponsal Rosa Townsend señala que, de acuerdo al

informe preparado en Miami para Bush, “la política de Estados Unidos con Latinoamérica ha sido monotemática, narcotizada y apagafuegos. La falta de una estrategia regional se percibe como una arrogancia y ha despertado resentimiento”. Estados Unidos sólo ha acudido para asuntos puntuales: sofocar brotes revolucionarios, detener el trasego de cocaína o socorrer en desastres naturales. De ahí la urgencia del informe “Hacia un nuevo compromiso inmediato y permanente con Las Américas”. De momento reina el escepticismo, dados los escasos resultados de las cumbres de Miami en 1994 y Santiago en 1993. Pero hay más interrogantes: ¿cuáles son para Estados Unidos los países “buenos y malos en la lucha contra la droga”? Y el peligro de vietnamización de Colombia: “olor a pólvora en Colombia”. Además el pacto de libre comercio no sería la panacea para América Latina, en un momento en que “la economía de Estados Unidos está a medio camino entre el enfriamiento y la recesión”. El informe dice que “Venezuela es un punto y aparte” y “Cuba es un caso aparte”. Estos breves titulares presagian un denso debate en Quebec, tanto más que los grandes imperios generan fuerzas centrífugas. La reunión de abril dará que hablar a su tiempo, mientras tanto nuestra dolarización nos coloca bajo las faldas norteamericanas que, al encojerse, no prometen ser nuestra panacea.

3. Porto Alegre: “otro mundo es posible”

Era de esperar que Internet y los medios de comunicación dedicaran más tiempo y espacio al Foro Económico de Davos —dado el declive norteamericano— que al Foro Social de Porto Alegre. La idea de este foro alternativo nace del director del diario *Le Monde Diplomatique*, Bernard Cassen, y del gobernador del Estado de Espirito Santo do Sul, Olivio Dutra, dirigente del Partido de los Trabajadores. Luego de las manifestaciones realizadas a las puertas de reuniones a favor de la globalización, “el Foro Social desea oponerse, no con un simple ‘no’ a la globalización, sino con el planteamiento de propuestas alternativas” (J. Arias, “El Foro Social de Porto Alegre, contrapunto de Davos”, *El País*, 25 de enero de 2001).

El Foro Social Mundial “pretende poner fin al ‘pensamiento único’ y a la dominación del modelo mundial de las multinacionales, sustituyéndolo por un proyecto creíble de progreso social y solidario. Proyecto que necesita estructurar sus fuerzas y

apoyarse en experiencias y propuestas concretas y efectivas”. El programa de las redes temáticas se agrupa en los siguientes puntos: inventario de las principales alternativas que han tenido éxito, acciones para anular la deuda del sur, propuestas de reforma de las instituciones financieras internacionales, nuevas reglas para el comercio internacional, mecanismos para controlar la especulación financiera internacional. El foro tiene vocación de permanencia y ha fijado en diez años el horizonte de su primer balance (*ibidem*).

Siendo éste el primer foro social, se presentaron algunos problemas de organización. Se esperaban unos 2 500 participantes, pero éstos llegaron a 20 mil, incluido el millar de periodistas, las 900 organizaciones no gubernamentales y más de un centenar de delegaciones civiles. Las manifestaciones serían pacíficas, excepto la invasión, organizada por el sindicalista francés José Bové, de una finca de productos genéticamente modificados, propiedad de la empresa *Monsanto*. En la marcha inicial, las pancartas decían: “El FMI no va a decidir nuestros salarios”, “No al plan Colombia”, “Los yanques fuera de América Latina”, “Prohibición de los organismos genéticamente modificados”... (“Un carnaval contre le néolibéralisme ouvre le Forum de Porto Alegre”, *Le Monde*, 26 de enero de 2001).

Los organizadores, inquietos por posibles desmanes, han dicho: “Esta será una marcha pacífica, cuyo objetivo es mostrar que no somos una realidad esotérica, sino una asamblea comprometida en la definición de una alternativa a la mundialización neoliberal. Condenamos toda acción provocadora”. La agenda del foro era dedicar los cinco días a analizar las consecuencias de la mundialización. Por la mañana, reuniones plenarias con la intervención de reconocidos expertos para cada tema; por la tarde, organización de los talleres con la participación de las diferentes organizaciones no gubernamentales. Se tuvieron más de 400 talleres aplicados. Cuatro grandes temas serían debatidos: el acceso a las riquezas y su distribución, cómo asegurar el desarrollo del planeta, cómo la sociedad civil puede reforzar su capacidad de influencia, y en fin, cómo preservar la democracia y el papel de los estados frente a la mundialización. La consigna es “Otro mundo es posible”.

Los diversos corresponsales repiten con pequeñas variantes la nueva forma o “la nueva era” de realizar la campaña contra la globalización del co-

mercio: se trata de pasar de la protesta a la propuesta de alternativas posibles. El Foro Social concluye sin un documento final, por ser el inicio de una larga marcha, con consignas nuevas: "¿Es aún posible un nuevo mundo? El grito 'sí' era un estruendo. Si el siglo XXI había comenzado en Seattle, el tercer milenio comienza en Porto Alegre". También se dijo que el encuentro de Porto Alegre no fue contra el foro de Davos, sino al contrario, el foro de Davos fue contra el foro brasileño. El foro de Davos había sido la representación de los "pueblos tristes y fríos"; el de Brasil había sido el del "puerto alegre y caliente". "El pueblo unido jamás será vencido"... El foro social se prolongará durante todo el año, ya que se reunirá en cinco o seis ocasiones, coincidiendo con las cumbres del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial y de la Organización Mundial del Comercio, "con marchas de protestas allí donde se intente fortalecer la globalización y la economía neoliberal" (J. Arias, "Concluye el Foro Social de Porto Alegre sin un documento final", *El País*, 31 de enero de 2001).

Aunque no se haya redactado un documento final, sí se han puesto las bases para "otra mundialización". "La anulación de la deuda de los países en desarrollo se impone como una de las reivindicaciones más fuertes del Foro". Solicitud repetida en las cumbres de 1999 y 2000, que el movimiento Jubileo del Sur desea consolidar. Se sugieren algunas medidas concretas. Se crearán tribunales populares para juzgar la legitimidad de las deudas contraídas por las autoridades, como en el caso peruano, país que compró aviones *Mirage* a Francia. Se discutió la creación de un organismo de arbitraje internacional para evaluar la responsabilidad tanto de los deudores como de los acreedores. En la misma línea de acción se sugiere constituir, frente al Club de París que reúne a los países acreedores, un cartel de los deudores, capaz de negociar de igual a igual. La razón es obvia, la deuda de unos 500 mil millones de dólares de 1980 se ha multiplicado por cuatro y la suma de reembolsos alcanza una cifra seis veces superior al monto inicial.

Se matizaron las posturas de cierre inmediato del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial y de la Organización Mundial del Comercio. El taller dedicado al comercio internacional enuncia: "ha llegado el tiempo en que la sociedad civil participe de otra manera en las negociaciones

multilaterales, velando para que concluyan con resultados positivos para el conjunto de los ciudadanos". Queda en pie la hostilidad a un libre cambio no controlado. "En Porto Alegre los movimientos latinoamericanos, muy numerosos, manifestaron su oposición al Acuerdo del Libre Comercio de las Américas (ALCA), previsto para el 2005, y que será discutido en Quebec (Canadá), en el próximo mes de abril". En cuanto a los organismos genéticamente modificados "se llegó a una lapidaria declaración, prohibiendo las concesiones de tráfico de vivientes y semillas calificadas como patrimonio de la humanidad", pidiendo que todos los gobiernos ratifiquen el protocolo sobre "biodiversidad" de Cartagena (Colombia). Otro tema colateral es el desarrollo sostenible, en cuanto la protección del medio ambiente es principio fundamental de gobierno: "Destruir los bosques es lo mismo que quemar un libro sin haberlo leído". Se determinó que Porto Alegre vuelva a ser el lugar de la próxima reunión (L. Caramel y J. J. Sevilla, "Le Forum de Porto Alegre a jeté les bases 'd'une autre mondialisation'", *Le Monde*, 31 de enero de 2001).

El 1 de febrero, el corresponsal de *El País*, J. Arias, cierra su comentario con una dosis de esperanza: "algo cambiará a partir de ahora en Davos, según los organizadores del foro social de la ciudad brasileña". En Porto Alegre asistimos "a una versión moderna de la metáfora de la lucha desigual del pequeño y joven David contra el sesudo y fuerte gigante Goliat". Porto Alegre acabó conquistando a la opinión mundial y abriendo una brecha visible en la fortaleza de Davos: "Davos ya no será lo mismo". Bernard Cassen, director de *Le Monde Diplomatique*, añadió: "los defensores del neoliberalismo tuvieron todas las oportunidades de crear un mundo mejor tras la caída de la URSS y han fracasado. Ahora nos toca a nosotros influir en los que tienen poder o hacer que pueda pasar de mano". En Porto Alegre se congregaron todas las discrepancias contra el pensamiento único, "las de los que saben que algo nuevo está germinando en medio del descontento de una humanidad cada vez más dividida entre ricos y pobres, entre privilegiados y miserables (algo que se escuchó incluso en Davos), aunque no sepan definirlo. Lo nuevo, lo positivo de Porto Alegre es que se ha iniciado una larga marcha hacia lo desconocido, sin saber bien hacia dónde camina, pero sí hacia dónde no quiere ir. Porto Alegre ha revelado, desde la periferia del mundo pobre, que aún existen millones de personas vivas, representadas en esas

900 organizaciones no gubernamentales y en los más de cien movimientos populares presentes que no se dan por vencidos. Que creen que si un cierto capitalismo y una cierta globalización no pueden rechazarse de pleno, porque han sido factores de desarrollo, sí puede haber alternativas mejores que creen más justicia entre los pueblos, mayor solidaridad, mejor distribución de la riqueza y mayores ganas de vivir en paz. O sea, que la esperanza del mundo de los desposeídos, de los marginados de la historia, cuenta aún con una caravana de gente dispuesta a defenderlo. No es mucho, porque las esperanzas se marchitan con facilidad, pero tampoco es poco cuando se profetizaba que ya estaba muerta” (“La gran marcha de Porto Alegre”, *El País*, 1 de febrero de 2001).

4. El regreso de la esperanza

Se ha dicho, y es verdad, que a los pobres siempre les toca esperar. Por eso me dejó pensando la última frase del corresponsal de *El País*: “O sea, que la esperanza del mundo de los desposeídos, de los marginados de la historia, cuenta aún con una caravana de gente dispuesta a defenderlo. No es mucho, porque las esperanzas se marchitan con facilidad, pero tampoco es poco cuando se profetizaba que ya estaba muerta”. Me parece que es un resumen de lo que pretenden decir estas páginas. Se esperaba que el Foro de Davos 1999 y los documentos que lo preceden generaran, más allá de una esperanza, un plan de acción multilateral para aliviar el drama humano de una globalización irresponsable. Pero en Davos 2000 se intentó borrar el real pasado y el real presente con la euforia de la nueva economía, que presagiaba un crecimiento hasta entonces desconocido, con la manoseada profecía del rebalse del norte al sur. Quienes mantenían la esperanza eran la secuencia de manifestantes que, cumbre tras cumbre, reclamaban la construcción de un nuevo orden mundial. La “Declaración del milenio” volvía a reanimar la esperanza, porque los 138 miembros de Naciones Unidas se comprometían a luchar por los grandes valores universales: la libertad, la igualdad, la solidaridad, la tolerancia, el respeto de la naturaleza, la responsabilidad común (*Proceso*, 926-928). Terminábamos un breve comentario sobre la cumbre del milenio diciendo: “ojalá que no volviéramos a entrar otra vez en otra recesión del ciclo de las esperanzas”, porque algunos comentaristas resumían la cumbre en los términos siguientes: “vagos

compromisos en Nueva York de lucha contra el hambre, la pobreza y las enfermedades. Sería triste decir que ‘todos se fueron como habían llegado’” (*ECA*, 2000, p. 910). Las esperanzas ¿se marchitan con facilidad?

Sin querer ser irónicos, parece que tiene que haber una crisis o un cataclismo para que vuelvan a renacer nuestras esperanzas. Davos 2001, con su recesión, declive o desinfe de la burbuja, gestado en el año 2000, nos ha enseñado que “el pensamiento único” ha vuelto a entrar en crisis. Este es el mensaje de Porto Alegre. Ya pasó el tiempo en que se comparaba un modelo con o “contra” el otro modelo económico. La tarea actual es comparar cada modelo “contra” sí mismo: sus anuncios y promesas contra los resultados reales. Este fue el primer punto de agenda en Porto Alegre: “los hechos y los dichos de la globalización irresponsable, para delinear otra mundialización menos mercantil y más humana. Esta será la tarea de Davos, sin esperar la cumbre del 2002. También entre nosotros cohabitan el hombre de Davos y el hombre de Porto Alegre.

En nuestro caso, el cataclismo del 13 de enero golpea una economía en crisis nacional. Lo dijo el presidente Flores, el 22 de noviembre, al pretender justificar la dolarización: “Todos en el país sabemos que nuestra economía, después de lograr éxitos muy marcados, está experimentando un *entrampamiento* que ha generado un negativismo muy nocivo para el desarrollo del país” (*ECA*, 2000, pp. 1999-1206). Luis Membreno enumera con más detalle “Las diez plagas”: “El Salvador ha sido afectado por las diez plagas en el último año: una economía deprimida con problemas de desempleo, el precio del café a un nivel históricamente bajo, el petróleo a un precio superior a 30 dólares; el dengue y la diarrea; el alcohol adulterado; la creciente e incontrolable ola de delincuencia; la dolarización; el terremoto y ahora, por si todo lo anterior fuera poco, una fuerte desaceeleración de la economía gringa” (*El Financiero*, 6 de febrero de 2001, p. 4b).

Ante esta realidad contrastan dos visiones o posturas gubernamentales, que combinan una extraña mezcla del hombre de Porto Alegre y del hombre de Davos 2000. El presidente Flores, en una conferencia de prensa a medios extranjeros, señaló que la tragedia del 13 de enero hizo retroceder a El Salvador veinte años. La afirmación es

recogida por *El País* en el titular de la nota de prensa. El terremoto dejó damnificados a uno de cada seis salvadoreños. “La reconstrucción de las 75 643 viviendas inhabilitadas tendría un costo de 43 millones de dólares... La logística de las ayudas de emergencia (500 000 dólares y otros 120 000) no permitió ayudar a la mayor parte de los damnificados en sus necesidades extremas. Es urgente que los ofrecimientos de la comunidad internacional se concreten y lleguen pronto... No obstante, aseguró que internamente se tendrá que cambiar de mentalidad porque sólo en la agricultura las pérdidas han sido de 116 millones de dólares. La gran empresa no se ha constituido en la organización que debería para responder a las necesidades; urge una nueva visión también en la sociedad civil, iglesias y partidos, para que reconstruyamos el país, teniendo en cuenta que uno de cada seis salvadoreños fue afectado severamente” (*El País*, 25 de enero de 2001). Digamos que hasta aquí está hablando el “hombre de Porto Alegre”.

Una semana más tarde, la Ministra de Asuntos Exteriores visitó Madrid para agradecer y agilizar la generosa ayuda del gobierno español. El diario *El País* titula su comentario: “El Salvador rechaza la condonación de la deuda”. Se podrá discutir si, ante las calamidades antes mencionadas por el presidente Flores, es oportuno o inoportuno, elegante o altivo, rechazar de entrada la condonación de una deuda que un gobierno ofrece por propia iniciativa. Pero lo que sí llama la atención —y lo deja entrever el corresponsal— es la “razón teórica” que justifica este rechazo. “El Salvador confía en el mercado para su reconstrucción y su futuro”, explicó esta representante del gobierno derechista de Francisco Flores, “y ha trabajado duro para ser el año pasado el país con la mejor y más libre economía de Iberoamérica, por encima de Chile, lo que nos da credibilidad y acceso a los mercados financieros internacionales. Esta es la carta de presentación de mi país y la condonación de la deuda va contra ella”, añadió Brizuela de Ávila (*El País*, 2 de febrero de 2001). Lastimosamente, con estas grandiosas ensoñaciones nos parecemos al don Quijote de Davos. ¿Dónde está nuestra economía de libre mercado y a dónde nos ha llevado la economía de libre mercado? Ya lo dijo el presidente Flores: al entrapamiento.

También el señor presidente dijo a la prensa extranjera que “internamente se tendrá que cambiar de mentalidad”. ¿Cuál mentalidad? Porque las afirmaciones presidenciales nos llevan de babor a estribor. En la presentación del plan de reconstrucción, “Trabajemos juntos”, el presidente Flores intercala unos parámetros que no encajan en la economía de mercado. “La presentación de hoy es para que construyamos la solidaridad, para que estemos unidos por El Salvador y empecemos a comprender el fenómeno físico que ha sucedido... La solidaridad es la herramienta más importante para salir adelante. Tenemos que nacionalizar la tragedia, tenemos que sentirnos parte de la reconstrucción y del alivio de aquellos que fueron más afectados por el terremoto”. El presidente nos dice y se dice que “empecemos a comprender el fenómeno físico que ha sucedido”. No se trata de que nos den un curso de geología (que el presidente Flores resume en su discurso, quizás para exculpar a las firmas constructoras), sino que aprendamos “las lecciones dejadas por el terremoto”.

Nuestra economía de mercado es esa tragedia nacional, que pone al descubierto lo que subyacía cuando éramos más libres y mejores que Chile. Ahora se reconoce que la herramienta más importante es la solidaridad. No puede haber solidaridad si no se rehace la concertación social, bruscamente quebrada por el inconsulto proceso de la dolarización. No puede haber solidaridad sin diálogo y descentralización, sin compartir el poder y la responsabilidad con quienes están más cerca de la tragedia nacional. “Finalmente, se hace necesario una mayor participación de la sociedad civil y una mejor organización social para obligar a las autoridades a escuchar las demandas ciudadanas. La participación ciudadana debe ser el motor del cambio necesitado por la sociedad, cuya premura desnudó el terremoto” (*Proceso*, 937, p. 5). Ojalá que el terremoto haga emerger la sociedad de Porto Alegre frente a los hombres de Davos. Esa es nuestra esperanza.

Francisco Javier Ibisate S. J.
Decano de Ciencias Económicas y Sociales
de la Universidad Centroamericana
“José Simeón Cañas”